



EDITORIAL

El término arte posee una significación ambivalente, cuya corriente evocadora y la variada sugestión de sus matices, ha sido causa de que sobre él hayan corrido ríos de tinta; se hayan producido montañas de papel y se hayan ensayado las más diversas posturas desde todos los ángulos del pensamiento. El pensar, el ser y el deber ser, siendo los términos en que el acontecimiento y el actuar del hombre se han encerrado a lo largo de la historia, sobre todo en la historia de Occidente, no han podido, a pesar de sus desmesurados intentos a lo largo de los días, los milenios y las edades, diagramar con el estilete a veces sangrantes de la razón, la intolerancia y el despotismo el ansiado esquema de la verdad absoluta que la mente rechaza; la conducta evade; la historia repudia y la vida niega. Ante ellos, el arte se ha erguido siempre desafiante e inmovible como una verdad vital sin pretensiones de absoluto porque él se construye así mismo con los matices de la forma y con los símbolos de la existencia. Es así como mantiene, a pesar de todo, la vigencia fresca y contagiosa de la libertad.

Allí donde la lógica calla, el arte habla. Allí donde los datos de la historia se detienen y transigen con las interpretaciones acomodaticias de



la ideología o de las ideologías, el arte opera como testimonio desbaratando falaces estructuras; cuando la historia interpreta el mundo ensayando hipótesis indemostrables, el arte viene como Deucalión abriendo su arca para que la humanidad se renueve, en fin, el remanso para el goce y cofre acerrojado en donde el acontecer se guarda y allí donde la realidad es alimento para el monotauró, él es el hilo que permite una salida y deja una esperanza para la vida; por eso él es historia en la mitología; presencia en la religión; espada y fusil en el cambio; testimonio confiable siempre; veneno peligroso para la ideología; recurso extremo de la ciencia, dictador y soldado en la sociedad.

Ver, oler, oír, gustar y tocar, son los infinitivos que nos permiten las nociones del ser y del pensar, pero ellos son los resultados del desear que permite la selección de los distintos valores. En estos, el hombre se realiza y a través de ellos construye sus diferentes caminos.

Pero el arte, es también un valor que se impregna con sello de clase, y aunque en su quehacer un poco lúdico, mantiene incólumes e incontaminadas las raíces de su origen y condensa en cada producto suyo una pequeña historia comprimida, él, que es la libertad misma, está sujeto a los esquemas categóricos que las galimatías ideológicas y conceptuales han creado para expresar su dogma.

Por eso, los críticos del gran arte no consideran digna de su atención ni de su discurso la obra de los artesanos, salvo muy contadas excepciones. Por ello se santiguan indignados cuando se habla del arte popular. Tampoco la política se ha ocupado mucho de ellos, excepto cuando se trata de enaltecer sus actos inaugurales o cuando la ganancia de la obra puede favorecer a algún núcleo significativo de sus corifeos mediante la explotación al artesanado. Y esto es así no solamente en Colombia, sino en todos los países del continente. Unos y otros creen que no tienen pasado. Ellos quisieran un arte sin historia, en la que nuestra vocación de vasallos pudiera ser plenamente satisfecha con la visión y la técnica importadas a través de los modernos conquistadores de distinta índole.

Desde la llegada de los colonialistas españoles, el esfuerzo por destruir nuestras raíces ha sido proverbial. Lo que ellos no pudieron o no alcanzaron a depredar, lo hemos continuado nosotros con nuestra mentalidad colonialista y esnobista, dentro de nuestros respectivos países y regiones. La investigación tampoco ha mirado de una manera sistemática hacia los campos de la tradición popular de nuestros pueblos, que sin entrar por ahora en la discusión de su calidad artística, es una realidad tangible y un indicio evidente. Hay muchos y muy laudables ejemplos aislados en las áreas de la antropología, la lingüística, etc., pero no hay una política sistemática que busque desentrañar a través de las

artes populares el alma racial y el sello distintivo de nuestros ancestros, a lo largo de nuestra historia pasada y presente por el medio de la expresión manual de nuestras artesanías, las particularidades de nuestra música; el simbolismo de nuestras fiestas populares y el sentido de nuestra leyenda literaria. Es por esto por lo que el IADAP, con todas sus limitaciones, sus equivocaciones quizás, señala una importancia fundamental en la búsqueda de nuestra identidad; en la expresión de nuestro común destino latinoamericano y el desentrañamiento de un simbolismo viviente en el arte popular, que es puente con el pasado y por qué no, un signo de esperanza para el futuro. En la concepción generalizada del arte, es tal el sello de clase y tan marcado el desprecio por la tradición artística popular, que la palabra artesanal en la teorización llegó a ser sinónimo de primitivismo de improvisación, de atraso, de empirismo, de precientificidad. La misma historia desfasa lo artesanal de su contexto sincrónico para identificar el atraso de la época colonial y no es que nosotros queremos con una argucia imposible, colocar el atraso por encima del desarrollo y el progreso. Lo que queremos decir es que en las tradiciones populares está dormido, subyacente, pero vivo en las expresiones presentes, buena parte del esquema que guarda nuestra identidad americanista. Tampoco es chauvinismo. No rechazamos la universalidad, ni mucho menos el avance de la historia y las transformaciones que ella pueda sufrir incluso por la interacción de unos pueblos con otros. Pero pensamos que todos los pueblos tienen derecho a conocer sus orígenes. Pensamos también, que el arte popular tiene elementos y recursos suficientes para desarrollarse en concordancia con el presente, sin romper abruptamente con las vivencias creadoras del pasado.

En el ámbito de las metas que el Instituto se propone, dice su director Boanerges Mideros en el editorial del primer número de IADAP, revista de la institución: "en este orden de ideas, el IADAP se propone contribuir a la implementación de una nueva y justa política cultural en el área andina: política pluricultural libertaria, acorde con el proceso de cambio que vive el mundo, antisegregacionista y que promueva la participación de los sectores populares en las decisiones fundamentales de su existencia". Añadimos que el objetivo apunta a crear un marco teórico mediante la investigación sobre el arte popular, que permita mostrar el papel de las tradiciones populares en el desarrollo de nuestros pueblos y que a la vez permita una recreación de sus elementos que expliquen, así sea en parte, nuestro ser y nuestro actuar.

Dentro del plan piloto de artes populares que se desarrolla en Nariflo, la presentación de este primer número de Mopa-Mopa, título que le hemos dado a la revista, para destacar el Barniz de Pasto, producto único en el mundo, constituye un modesto esfuerzo por acercarnos más a los artistas populares y por exaltar su labor silenciosa pero fecunda.